

siones de la Vizcaya, los consoló, prometiéndoles que si pareciese conveniente á los prelados, volveria á su compañía. Mucho sintieron los indios que se les ausentase su amado padre, y trataban de estorbar su salida con cuantos medios cabian en su rusticidad; pero como el ministro los tenia bien conocidos y le eran tan obedientes á cuanto les ordenaba, de tal manera les supo hablar, y con tan eficaces razones les persuadió la importancia de su salida, que aunque con sentimiento, hubieron de asentir á su justa resolucion, con cargo de que en poniendo en corriente los negocios, habia de volver á doctrinarlos y á asistirles, prometiéndoles que les daría gusto en cuanto estuviere de su parte, y le dieron buenas guías para que le acompañasen hasta el convento de Charcas, saliendo los indios de las conversiones á acompañarle muchas leguas.

En alas de sus fervorosos deseos llegó en breves dias á la doctrina de Charcas, y halló que la mayor parte de los indios andaban vagando en las asperezas de los montes que llaman de la Sierpe, Hypoa y Santa Clara; subió á sus fragosidades, recogiendo los indios que encontró, como Maraliva sus ganados, que nos dicen los eruditos. Comenzó á afearlos su bárbaro intento de haber dejado las fuentes cristalinas y de aguas vivas de la evangélica doctrina, por cisternas disipadas de aguas abominables de idolatría, y los deliciosos pastos de la amenidad de la Iglesia, por las espinosas zarzas de sus bárbaros ejercicios, y los supo persuadir de tal manera, que en pocos dias puso las dos doctrinas de los dos conventos en toda perfeccion, reduciendo á ellos todos sus indios, los que le cobraron igual amor que el que le tenian los de la Vizcaya; y conociendo los prelados que era en el convento de Charcas su persona necesaria, le ordenaron se quedase en él de ministro.

Administraba en aquellos tiempos, como el dia de hoy administra á los españoles del Real de minas, y habiéndose acordado las leyes de la plata, y minorándose mucho los metales, trataron de irse á otros minerales, y dejar el Real siguiente, como con efecto lo ejecutaron, salvo algunos pocos españoles que no pudieron salir por su demasiada pobreza: consoló el padre á los pocos que quedaron, y los procuraba, con las cortas limosnas del convento, socorrer, como queda referido. Viendo un

dia tan necesitados á los pobres españoles, movido de compasion, hizo oracion, pidiendo á Dios y á su Santísima Madre el alivio para tantas necesidades como padecian, é ilustrado de superior influjo, salió de la oracion gozosísimo, y llamando á los españoles, les dijo que enfrente del rostro de la milagrosa imágen de la Santísima Virgen de Charcas, como media legua del convento, cavasen, y hallarian un tesoro riquísimo de plata: hiciéronlo, y en el mismo sitio que les dijo el religioso, hallaron la riqueza, que aun hoy persevera parte de ella. A breves dias murió este venerable religioso, ocupado en santos ejercicios, y está enterrado en el convento de Charcas, y aunque muchos refieren casos prodigiosos de este varon apostólico, no los refiero, porque no consta de ellos con la certeza necesaria, para poder hacer relacion de ellos en esta historia.

CAPITULO X.

Vida del Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan de Espinosa, obispo del Chile, é hijo de esta provincia de Zacatecas.

Una de las criaturas elegidas entre innumerables á quienes Dios puso como prodigio y señal de su maravilloso poder, sabiduría y amor, fué el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan de Espinosa, hijo y honor de esta apostólica provincia de Zacatecas, quien con su profunda humildad reprende nuestra altivez; con su religiosa modestia nuestra descompostura y arrogancia; con su

angélica pureza nuestras liviandades, con su penitente vida nuestras tibiezas; y finalmente, con todo el colmo de sus apostólicas virtudes, con seriedad arguye á lo delicioso del amor propio, dejando en su religioso modo de vivir á la posteridad un eficaz argumento de lo que puede el hombre contra la potestad del abismo, cuando confiado en la clemencia divina, se niega asimismo por seguir con resolucion cristiana los pasos del Crucificado, á que la devocion le inclina.

Fué el venerable padre Fr. Juan de Espinosa, de Castilla la Vieja; pero no se sabe ciertamente el lugar que tuvo la fortuna de ser madre de tal hijo. Suponen todos, como cierto, que fué hijo de padres hidalgos de la familia de los Espinosas de la Rioja, de donde aseguran los mas que era oriundo, de cuyo noble apellido hay una ilustre casa en los contornos del nacimiento del rio Oxa, de que toma su denominacion aquella tierra. Aplicáronle sus padres al ejercicio de las letras, en que aprovechó con tal esmero, que á los quince años ya era filósofo consumado. Movido su padre de las ansias de ver á su hijo acomodado en breve tiempo, trató de enviarle encomendado á la Nueva-España á unos parientes y amigos, discurriendo que por este medio conseguiria con brevedad caudal para sí, para su padre y hermanos: obedeció el virtuoso jóven á su padre, aunque Dios le llamaba por camino muy distinto, porque era de natural apacible, de genio blando, muy inclinado á la virtud, y deseoso de su espiritual provecho.

Llegó al puerto de Veracruz, cumplidos los diez y seis años, y habiendo entregado á algunos paisanos las cartas, halló favorable acogimiento en ellos, porque en el sobre escrito de su hermoso rostro traia recomendacion eficazísima; que un rostro gracioso y despejado rara vez deja de encubrir índoles generosas, como al contrario, aspectos desabridos y feos, rara vez dejan de manifestar perversas inclinaciones; y parece que Dios, cuidadoso de que se cautelen sus asechanzas, las manifiesta con semejantes señales; que no falta quien afirme, que la señal de ser Cain el fratricida, se la colocó Dios en lo desapacible de la cara. Luego que los paisanos conocieron su índole dócil y generosa, trataron de fomentarle con algunos intereses para que buscasse la vida; pero como el gallardo jóven no tenia in-

clinacion á semejante ejercicio, trataba tan tibiamente de las temporales riquezas, que le tenian por hombre inútil sus aviadores para hacer caudal, cuando era en la realidad muy activo para enriquecer su alma con todo género de virtudes.

De lo poco que adquiria, partia con los pobres, siendo su mayor ganancia el socorrer las necesidades de los prójimos: atendia con mas anhelo á las ocupaciones de su vocacion, que á llenar sus cajas de plata, como querian sus amigos: fiscalizábanle estos la devocion con el apodo de inutilidad: la misericordia con los pobres, la intitulaban prodigalidad de hombre perdido; y el recogimiento y oracion lo interpretaban á pusilanimidad y poco genio; que no es en el mundo nuevo poner á las virtudes el traje de los vicios, y vestir á estos con la capa de las virtudes; infelicidad que aun Séneca, con ser gentil, lloró en sus Epístolas. Atendiendo, pues, los que le deseaban en el caudal medrado, que los hombres con los trabajos se habilitan y enseñan á mirar por sí y por la hacienda con que tragan, trataron de enviarle á Zacatecas, en donde á la sazón salia mucha plata, y se experimentaban muchas incomodidades por ser tierra nueva y naturalmente árida, presumiendo que en este pais los trabajos le obligarian á ser mas solícito de lo que juzgaban.

Salió, pues, para Zacatecas; pero como no consiste el mudar costumbres en variar de lugares, llegó acompañado de sus buenos propósitos, con ánimo de atender únicamente á la salvacion de su alma, desatendiendo á cuanto pudiera ser estorbo á sus justificados deseos. Vió en aquella nueva tierra los desórdenes con que se vivia; reconocia los mayores efectos que producía el trato de la plata, y propuso en su corazón abstenerse de semejante ejercicio, y á la verdad tenía grandísimo fundamento, porque los reales de minas son oficinas de Vulcano, en donde se vive desordenadamente y se agrega la gente perdida y facinerosa; experiencia que tenemos bien conocida y deberiamos tener llorada. Discurrió el devoto jóven el modo mas seguro de su salvacion, y habiendo conferido su resolucion generosa con su padre espiritual, despues de haber hecho una confesion general con muchas lágrimas, determinó dejar el mundo y retirarse á la religion.

Florecian en estos tiempos las conversiones de nuestros religiosos en los contornos de Zacatecas, y envidioso de tan noble empleo, pidió el hábito de nuestra seráfica familia, y como le registraron sugeto cabal en todo, le recibieron con mucho gusto en nuestro convento de Zacatecas para religioso del coro. Luego que se vió novicio, hizo total entrega de sí mismo en las manos de su Maestro, sacrificando á Dios su libertad y las promesas del engañoso mundo; así que se vió vestido con la pobre mortaja de sayal grosero, comenzó à tratarse como difunto à todas las cosas del siglo, y empleado en devotos y santos ejercicios, pasó su año de noviciado con grande edificacion de los religiosos, que miraban en el fervoroso principiante un perfecto religioso, adornado de todas las virtudes, à que acompañaba su cándido y apacible trato. Hecha su profesion, le aplicaron al estudio de la sagrada teología, en que aprovechó con tanta profundidad y sutileza, que acabados los estudios, leyó à la juventud de la provincia el curso de artes, y tres años sagrada teología, logrando la provincia con su magisterio ópimos frutos de religiosidad y letras en muchos escelentes discípulos, que fueron despues maestros.

No impedian los ejercicios literarios de su magisterio escolástico el espíritu de la santa oracion, que es lo que persuadió à San Antonio, nuestro seráfico patriarca, cuando le instituyó lector de sagrada teología: antes de la conferencia de cosas tan divinas, hacia escala para subir à la contemplacion de los mas altos misterios, en cuya consideracion vivia tan absorto, que aligerado su cuerpo de las pesadeces de la carne, se elevaba à su esfera, perdiendo la tierra no pocas veces mas de dos varas, con admiracion de los religiosos, que sin que la humildad del venerable padre pudiera estorbarlo, lo registraron varias veces. Era predicador famoso, empleándose en este santo ministerio en las minas de Zacatecas y otros contornos, con mucho fruto de sus oyentes; y como predicaba con la vida, y corregia con la doctrina, eran innumerables las conversiones que se seguian de su predicacion, debiéndose à la eficacia y ejemplo del venerable predicador la reduccion de los mas rebeldes y obstinados pecadores.

No obstante que servia à la religion en el ministerio de la

cátedra, y à Dios en el ejercicio de la predicacion evangélica en un mineral donde era tan necesaria, aspirando à mas generoso empleo, trató de aprender el idioma de los indios, para pasar à las conversiones. Comunicó con los prelados su espíritu, y aunque le quisieran en su compañía, les pareció su dictámen cuerdo; y habiendo aprendido la lengua con cuidado, salió à la tierra de la Vizcaya, discurriendo por las conversiones vivas de aquel dilatado reino, asistiendo en el ejercicio apostólico de la conversion à los antiguos ministros. Perfeccionóse en el lenguaje de los caribes, y comenzó à doctrinarlos, enseñádoles la cristiana dectrina y el verdadero camino de la salvacion de las almas. Catequizó infinidad de bárbaros, y les confirió las saludables aguas del bautismo, formando pueblos y acrecentando doctrinas, con tanta facilidad y acierto, que en pocos años de asistencia entre los rústicos, se adelantó à otros muchos ministros antiguos, viendo en breve tiempo las doctrinas de sus fundaciones mas crecidas, y sus pueblos mas aumentados.

Anduvo à pié grandísima parte del reino de la Vizcaya, y descalzo del todo anduvo por ásperas sierras y caminos, jamas de nuestras gentes pisados, por buscar nuevas gentes que reducir al gremio de la Iglesia: los trabajos que padeció fueron escesivos; pero los llevaba con tanta igualdad de ánimo, que jamas se turbaba la serenidad de su rostro, ni ponía à las adversidades mala cara: en esta jornada que hizo à lo interior de la tierra en busca de gentiles, estuvo muchas veces para ser muerto de los bárbaros; pero le libró Dios milagrosamente para cosas de su mayor agrado. Dos veces le azotaron cruelísimamente, y determinados à matarle, cuando enarcaban sus flechas, al hacer la puntería al inocente blanco, se les caian de las manos flechas y arcos, y arredrados del prodigio, le dejaron solo y bien azotado en las soledades de aquellos páramos. Lloraba el venerable varon su desgracia, de no haber merecido la corona del martirio; pero el bajo conocimiento que de sí tenia, le hacia atribuir à sus deméritos lo que era voluntad del Altísimo, quien aunque no le concedió esta dicha, le remuneró el trabajo con haber reducido en esta jornada mas de dos mil gentiles à la fé de Jesucristo.

Glorioso y triunfante volvió á su conversion ó doctrina el venerable padre Fr. Juan con los indios recién convertidos, los que puso en un pueblo congregados. Estando ocupado en estos santos empleos, pasaron por su conversion aquellos amigos y paisanos que le habian fomentado en Veracruz cuando vino, y como le conocieron y mirasen en tan santa ocupacion, y entre tan bárbara gente tan gustoso, le preguntaron los sucesos de su vida, y los motivos de haberse entrado en aquellos retiros. Dijoles cómo siempre habia deseado quietud en que servir á Dios y hacer penitencia de sus culpas; que nunca habia tenido inclinacion al empleo de buscar temporales bienes, y que se hallaba consoladísimo en aquellos páramos y vastas soledades. Agradeciéles los buenos deseos que tuvieron de fomentarle para las creces de las riquezas temporales, y les prometió encomendarlos á Dios, y pedirle les diese buen suceso, aconsejándoles no continuasen aquella tierra, porque estaba muy peligrosa, y que usasen templadamente del oficio arriesgado en que andaban, que era de aviar mineros y rescatar plata: enterneciéronse los amigos por haber hallado á su encomendado en tan devoto ejercicio, y despidiéndose del padre, le ofrecian una larga limosna para sus necesidades, la que no pudieron conseguir admitiese, y solo recibió una frazada de sus bienhechores, para abrigarse de los grandes frios que hay continuamente en la Vizcaya.

Entretenido y gustoso con sus pobres ovejas se hallaba nuestro Fr. Juan, cuando habiendo de enviar la provincia á un religioso á los reinos de Castilla para negocios del servicio de una y otra magestad, les ocurrió al prelado y difinitorio fuese el religioso padre Fr. Juan de Espinosa, así por su mucha cordura y buen ejemplo, como por ser persona de conocidas letras y mucha modestia, prendas muy necesarias para poder parecer en cualquier tribunal y consejo: enviáronle patente, para que á vista de ella, se pusiese inmediatamente en camino, y acudiendo ejecutivamente á la obediencia, dejó sus ovejas encomendadas á otro pastor, y se partió á la presencia del prelado, quien habiéndole instruido en lo necesario para el espediente de su negocio, le dió su bendicion y recaudos necesarios, con que se partió á pié para Veracruz, y se embarcó en la flota. Llegó

felizmente á los reinos de Castilla, en donde, especialmente en los conventos de Sevilla y Madrid, dió tan buenas señas de su virtud prodigiosa, de su talento y buenas prendas, que tuvo especiales aclamaciones, que no fué poco siendo indiano, pues á los mas beneméritos y religiosos sugetos, suelen mirarlos como á estraños. En donde asistió mas largo tiempo fué en la córte de Madrid, en cuyo convento y villa se hizo tanto lugar con sus religiosos procederes, que no cabiendo en los claustros la fama de su virtud, se difundió por toda la córte la noticia de las heroicas virtudes del venerable padre Fr. Juan de Espinosa.

Alcanzó todo cuanto pidió en el real consejo de Indias á favor de la provincia, de sus doctrinas y conversiones, y estando esperando los despachos para restituirse con ellos á su provincia, entró un dia á su celda á visitarle un consejero, llevándole una real cédula, que presumió Fr. Juan ser los despachos de su negocio, y habiéndole saludado, le dijo: "Esta cédula, reverendísimo padre, es del obispado del Chile en el reino del Perú, porque S. M., informado de la virtud y letras de V. Rma., quiere que continúe el oficio de pastor en aquella iglesia, y así V. Rma. la admita, que debe ser del servicio de ambas magestades, pues sin ni aun haberlo imaginado V. Rma., lo ha dispuesto la Divina Providencia." Pasmado se quedó el venerable padre con la cédula en la mano, y cuando se recobró del susto, llenos de lágrimas los ojos, le dijo al consejero: "¡Yo, señor, obispo! ¡yo, que soy un pobre religioso, que apenas puedo cumplir como debo con las cargas de mi profesion é instituto, cargarme de nuevo con el insoportable peso del obispado! ¡Yo, que metido entre mis indios, me veia cada dia apuradísimo con el cargo de aquellas recién convertidas almas, meterme ahora á cuidar todas las almas de un obispado tan dilatado! No, señor; venero con todo reñimiento los dictámenes acertadísimos de S. M., y agradezco con todo mi corazon la dignidad, que sin merecerla, me confiere; pero soy indigno de tan elevado empleo." Así hablaba el venerable Fr. Juan, hechos sus ojos dos rios caudalosos de lágrimas: enternecióse el consejero, oyendo los sollozos y suspiros del religioso; pero confirmándose mas en el concepto que tenia formado, se valió de la autoridad del pre-

lado, que le compelió á que sin resistencia recibiera la cédula, como lo ejecutó con rendimiento, aunque confuso y dolorido.

Conocia este venerable padre que la mejor prenda para merecer un obispado en el que tiene talento y prendas para administrarle, es el no pretenderle, sino forzado por precepto, porque esto es señal así del propio conocimiento, como del concepto alto del oficio. El que conociese bien su insoportable peso, ha de temer la debilidad de sus fuerzas; ¡oh! y cuántos por no hacerse cargo de este peso, han caido en el abismo de su deshonra, abrumados de la carga! Tema el peligro quien tiene ojos para verle; infelices de aquellos que no ven este peligro ó porque ciegos con su ambicion le solicitaron ó porque los cegó la ignorancia, y entrando en él intrépidos se hallan en sus operaciones confusos, y muchas veces pesarosos, como lo experimentamos con dolor y sentimiento de muchos. No así nuestro venerable obispo: conoció el peligro y peso, y aunque Dios le habia dotado de prendas suficientes para el cargo, le parecia á su humildad que eran ningunas, motivo porque á no impelerle la obediencia, se hubiera resistido constante y religioso. Nombrado y consagrado obispo, pasó á su obispado en las primeras banderas, en el cual se ocupó, sin decaecer en un ápice de su religiosa vida, ni del ministerio de cura de almas: mas como es la distancia de esta provincia á la del reino del Chile tan grande, y el comercio de una y otra parte ninguno, no hemos tenido individuales noticias de lo que ejecutó en su obispado. No dudo seria mucho, que no prometia menos su vida ejemplar, su sólida virtud y su mucha y rígida penitencia. La señal mas evidente de haber sido varon eminente, despues de sus ya referidas virtudes, es el haber salido de una provincia tan trabajosa, y de unas soledades de bárbaros chichimecos, y haber hallado en un reino como el de España sin propia solitud ni la mas leve imaginacion, el honor de una mitra, despues de la cual podemos piadosamente creer que logra la superior honra de la eterna gloria.



CAPITULO XI.

Refiérese la vida del venerable padre Fr. Nicolás de Salazar, hijo de esta provincia de Zacatecas.

El religiosísimo y venerando padre Fr. Nicolás de Salazar ilustró esta santa provincia con su escelente virtud y muchas letras: fué virtuosísimo clérigo secular y vino á esta provincia por secretario del primer señor obispo de Durango, el Sr. Hermosillo y Salazar, de quien este venerable padre era pariente muy cercano, y lo son hoy dia las mas esclarecidas familias de Durango. Amábale el señor obispo tiernamente, y le veneraba, porque conocia su grande talento acompañado de grande humildad y despego de todas las cosas de este mundo. Asistió al ministerio de secretario de su ilustrísima algun tiempo, siendo el consuelo de todo el obispado, haciendo buen tercero con su señoría ilustrísima á los pobres y menesterosos que necesitaban de su amparo, repartiéndoles compasivo con generosa piedad los pocos emolumentos que por razon de su oficio percibia. Reconoció el venerable sacerdote que el oficio de secretario le motivaba á alguna distraccion en los ejercicios en que deseaba ocuparse; y ansioso de tener estado quieto y sosegado en que darse á la contemplacion y no estraerse á cosas que le pudieran impedir tan alto empleo, pidió al señor obispo su bendicion y licencia para recibir el santo hábito de nuestra Seráfica familia en esta provincia de Zacatecas.